«UNA AVENTURA PERFECTA PARA FANS DE PERCY JACKSON»
– SCHOOL LIBRARY JOURNAL –

MOMOTARO

XANDER Y LA ISLA DE LOS MONSTRUOS

夢主

MARGARET DILLOWAY

DESTINO

MARGARET DILLOWAY

MOMOTARO

XANDER Y LA ISLA DE LOS MONSTRUOS

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2018
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Momotaro: Xander and the lost island of monsters*
© del texto: Margaret Dilloway, 2016
© de la traducción: Joan Josep Mussarra Roca, 2017
© Editorial Planeta S. A., 2018
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: enero de 2018
ISBN: 978-84-08-18037-1
Depósito legal: B. 26.035-2017
Impreso en España – *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Capítulo 1

Reviso las notas una, dos, tres veces. Noto que el sudor empieza a cubrirme los costados y las palmas de las manos. Estoy de pie frente a veinticinco compañeros de sexto curso. Había empezado con la exposición oral de mi trabajo «Nieve en Ecuador. Cómo afecta el cambio climático a las junglas tropicales», que, aunque suene mal que lo diga yo, es un título excelente.

Pero me he perdido. No solo un poco. Del todo. No recuerdo qué es lo último que he dicho, ni lo que va a continuación. No me ayuda en nada que lo haya copiado por completo de Wikipedia y de un blog que encontré al azar, sin leerlo siquiera. Había querido repasarlo esta mañana, pero me he olvidado, porque mi amigo Peyton tenía una aplicación nueva en el teléfono y hemos estado jugando hasta que ha sonado el timbre. Lo peor de todo es que la aplicación —*Xoru, Maestro de Magia*— ni siquiera valía mucho la pena. Vaya pérdida de tiempo. Ups. Este trabajo es para conseguir un punto extra que necesito desesperadamente, pero que muy desesperadamente, en la asignatura de ciencias sociales, y ahora estoy a punto de echarlo todo a perder.

Toso y me aclaro la garganta. La lluvia tamborilea con un pum, pum, pum constante contra las ventanas. Todos los niños de la clase se agitan, impacientes, y empiezan a susurrar. Clic, clic, clic. Alguien está sacando fotos con el móvil. Levanto los ojos y, cómo no, es Lovey. La persona con el nombre menos apropiado de todo el planeta, ya que significa «encanto». El teléfono prohibido asoma por encima del libro de texto. Ni siquiera se ha molestado en quitarle el sonido. Madre mía. Me mira a la cara y suelta una risilla. Estupendo.

No parece que el señor Stedman se dé cuenta. Suelta un suspiro.

—Por favor, Xander, continúa o vuelve a tu asiento. Tenemos que seguir con la lección.

Siento como si estuviera en calzoncillos frente a la clase entera. Me miro las piernas para asegurarme de que no. Vale, llevo los pantalones puestos. Meto la mano en el bolsillo y me balanceo sobre las Converse, miro sus puntas blancas. «Venga.»

Por fin, me viene la inspiración.

—Hace ochenta y siete años, nuestros padres empezaron a hablar sobre el cambio climático. —Muevo la mano en un gesto amplio, como si fuera Abraham Lincoln. Todos los que están en la clase se ponen tiesos. Se han despertado de pronto. Peyton levanta los pulgares desde su asiento del fondo—. Hablaron y hablaron. No cambió apenas nada. Todavía vamos en coche y soltamos humo, y ahora debe de haber, no sé, una tonelada de nieve en Ecuador. En fin, ese es el problema. Tenemos que detener el cambio climático. Todos juntos. Dejad de utilizar plástico. ¡Despertad!

Toda la clase aplaude, y entonces me inclino y vuelvo a mi asiento con una sonrisa en la cara. Ya está. Lo he conseguido.

Toma ya. Bueno, es verdad que no debo de haber conseguido la puntuación máxima, pero por lo menos habré llegado al cinco, ¿no?

El señor Stedman entorna los ojos.

—Muchas gracias, Xander. —Niega con la cabeza, para que me quede claro que no lo dice en serio—. Por favor, id a la página ciento cincuenta del libro.

¿Otra vez la 150? Llevamos una semana entera en esa página. Abro el libro y empiezo a elaborar una lista mental. «Cosas que preferiría hacer ahora mismo», por orden de preferencia:

1. Jugar con el ordenador.
2. Dibujar.
3. Hacer dibujos basados en juegos del ordenador.
4. Ir a que me empasten una caries.
5. Caminar por la calle sin pantalones.
6. Ver el programa ese de vestidos de novia con mi abuela.

Y entonces empiezo a anotar los minutos que pasan. Como si fuera un maldito prisionero en una mazmorra medieval, condenado a una sentencia de un millón de años y anotara el paso del tiempo en la pared con la uña:

«¡Cinco minutos de clase, superados! ¡Diez, superados!» Y sigo, y sigo, y sigo, hasta que ya llevo doce series. Hoy tenemos clase doble de ciencias sociales con el señor Stedman.

Y entonces suena el timbre y la tortura vuelve a empezar.

No sé por qué, esta clase se me hace el doble de larga que,

por ejemplo, informática, que es la única que me gusta de verdad. ¿Por qué tiene que ser así? ¿Por qué las cosas que nos gustan se nos hacen más cortas? A mí me parece que tendría que ser al revés.

El señor Stedman ha empezado la lección, pero es el último día antes de las vacaciones de Semana Santa y nadie le hace ni el más mínimo caso. Todo el mundo sueña con el sol, los helados, las playas cálidas y los dulces de Pascua. Pero eso al señor Stedman le importa un pimiento. Y no hacemos más que mirarlo y contar los cabellos negros que le caen sobre su frente blanca de zombi (no es que tenga muchos que se diga... son casi como mi recuento de minutos) y esquivar la saliva que sale disparada de sus labios (no conviene sentarse en la primera fila de las clases del señor Stedman).

—Blablablá, calentamiento global, blablablá, fuego en el polo sur, blablablá, huracán tropical en Maine, blablablá, ventisca superhuracanada en Nueva York.

Siento que el cerebro se me revuelve dentro del cráneo, probablemente porque querría salir corriendo. Bostezo y miro por la ventana. La lluvia inunda las calles. Ojalá que pare antes de la hora de salir.

Lo mejor de ciencias sociales es la posición del aula. Las ventanas dan a la calle. De vez en cuando pasa un coche, pero eso es todo. Hoy tan solo veo a un anciano sentado en la parada del autobús. Aburrimiento y más aburrimiento. ¿Qué novedad puede haber? El sitio donde vivimos, Oak Grove, es un pueblo de mala muerte a las afueras de San Diego, alejado de la ciudad, de tal modo que ya nadie lo considera zona urbana. Dicen que estamos en un «área rural». O en las montañas, en un lugar donde va la gente que quiere ver nieve y creerse que vive un invier-

no de verdad, aunque residan en el sur de California. Es tan pequeño, que educación infantil, primaria y secundaria se imparten en una sola escuela, y todo sexto está en la misma aula que yo.

El anciano de la calle no parece inmutarse por la lluvia. Menos mal, porque llueven gotas grandes, gruesas, casi como una cascada. Se supone que va a llover tres días seguidos. Por el momento no habrá sol ni playas cálidas.

Hacía años que no llovía así. No había llovido así desde... bueno, quizá desde que era pequeño. Cuando traté de escapar de casa.

La mayoría de los niños de cuatro años no serían tan ambiciosos como para marcharse camino abajo por una carretera de montaña en busca de su madre. Y todavía menos en un día en el que se interrumpieron los dibujos animados y sonó el potente alarido de una señal de emergencia. Una voz robótica y aburrida de mujer había dicho: «Peligro de inundación en las montañas. Condiciones meteorológicas adversas hasta las cinco de la tarde». Me había encogido de hombros y había apagado el televisor. No sabía lo que era una inundación. Solo me había quedado claro que llovería mucho, y eso no me importaba. Mi abuela me había contado que era el día más húmedo que se había vivido en la provincia desde hacía dos décadas, aquel año las tempestades de El Niño ya habían traído mucha humedad y California había conservado su verdor durante el verano, en vez de teñirse del marrón de la madera reseca.

Pero yo era un niño de cuatro años superescurridizo, de los que trepan al armario para robar una galleta mientras la abuela está en el baño. De los que le echan la culpa del hurto al perro y consiguen que cuele. De los que conocen el entablado del suelo

lo suficientemente bien como para saber dónde hay que poner el pie para que suene como una rata herida. De los que saben girar el pomo de la puerta cuarenta y cinco grados hacia la izquierda y tirar con fuerza para que se abra de golpe sin hacer ruido. Pasaron horas hasta que mi abuela se dio cuenta de que me había escapado.

Hacía un mes que mamá nos había dejado, pero para mí era como si hubieran pasado dos años. Papá tan solo me había dicho: «Ha tenido que salir de viaje». Sin embargo, cuando tu madre se lleva toda su ropa y también la colección completa de figuritas de porcelana de la vitrina, no cuesta mucho adivinar la verdad. Ni siquiera a un niño pequeño.

El día que escapé, el agua bajaba rugiendo por la cuneta y la acera podía considerarse una orilla enfangada. Vi que el agua se llevaba ramitas y basura calle abajo. «Por aquí, Xander —parecía decirme el río que descendía por la cuneta—. Sígueme y encontrarás a tu madre.» Y por eso avancé torpemente por el barro. Mis zapatos hacían chof, chof.

Creo que me imaginé que mi madre aparecería como por arte de magia en su coche, que sus cabellos, entre rubios y pelirrojos, brillarían en la tarde sin sol y que me llevaría a casa. No sabía si tendría que caminar mucho hasta llegar al pie de la montaña y temblaba porque no me había acordado de ponerme la chaqueta. (Era listo como Sherlock Holmes, pero no olvidemos que tenía cuatro años.)

Quería que mamá volviese por un montón de razones, pero la principal era que necesitaba que me cantara la canción para irme a dormir. Era la única persona que se sabía la letra de mi favorita, *Solo eso pido yo*, de *El fantasma de la ópera*. (Eh, que no es culpa mía. Hizo que se me pegara porque siempre me la can-

taba cuando era un bebé. Hace años que no escucho esa banda sonora.) Mi padre solo me cantaba *Campanita del lugar*, y mi abuela nada más conoce canciones de los años cuarenta. Yo quería la de irme a dormir. Cuando eres un niño pequeño, ese tipo de detalles son tan importantes como esperar a Papá Noel en Nochebuena.

Bajé por la orilla de la cuneta inundada durante lo que a mí me parecieron horas. Llovía tanto que apenas era capaz de ver. El torrente se ensanchaba más y más, y acabó por llenar toda la carretera y arrastrar objetos más grandes, como tapaderas de cubos de basura, una rueda de bicicleta y ramas grandes.

Por fin, llegué al camino de entrada de una casa que se encontraba al pie de un cerro. Me parecía que mis piernas se habían transformado en fideos demasiado hervidos. El agua ya me llegaba a los tobillos y me arrancó un zapato. Al ver que se alejaba, por primera vez me asusté un poco. Trepé a un buzón y me senté sobre una roca que había al lado. Estaba tan empapado como un libro dentro de una bañera, y me puse a esperar.

Pensaba quedarme allí hasta que viniera mi madre. No me importaba el tiempo que pasara. Como aquella historia del perro japonés que se quedó en la estación de ferrocarriles aguardando a su amo ya difunto sobre la que hicieron una película muy triste que no pienso ver jamás porque las detesto.

Una mujer de cabello rubio y corto, vestida con camiseta y pantalones vaqueros, había bajado por el cerro. Me imagino que debía de ir a por el correo. Al verme dio un salto como de un kilómetro de altura.

—¡Te había tomado por una roca! —Se agachó para mirarme a la cara. Sus ojos eran del color de la hierba nueva. Alrededor

de estos empezaban a insinuarse las patas de gallo—. ¿No eres el niño de los Miyamoto, de la casa de al lado? ¿Qué haces aquí?

—Espero a mi mamá —dije.

—¿A tu madre? —La mujer se mordió el labio y adiviné que ya sabía que se había marchado—. Soy la señora Phasis. ¿Qué te parece si entras en mi casa y llamamos a tu abuela?

La mujer me tendió la mano. Parecía simpática, pero como no era mi madre, le respondí que no.

—¿No? —La señora Phasis me miró como si no se pudiera creer que la había desafiado.

—No —repetí.

—Bueno, pues vale. —Me agarró como a un saco de patatas.

—¡Noooooo! —chillé, y le arreé patadas y le arañé los brazos, pero no me soltó.

Entró a toda prisa al calor de su hogar. Entonces me soltó frente al televisor y me echó una manta mullida sobre los hombros para calmar mis temblores.

—Quédate aquí, ¿vale? Peyton, tienes que ser simpático con este niño. —La señora desapareció.

—Hola.

Había un niño más o menos de mi tamaño sentado en el suelo, con un cuenco grande de color púrpura en las manos. Sus cabellos rubios se erguían en forma de media luna —una especie de cresta natural—, y sus ojos resplandecían con un color azul brillante a la luz turbia. Me miraba de arriba abajo con la cabeza ladeada. Entonces sonrió y hundió la cara en el cuenco, y su nariz y su barbilla puntiagudas desaparecieron detrás del color púrpura.

En un primer momento no entendí lo que hacía. Entonces se incorporó con los carrillos llenos y palomitas entre los dientes.

—¿Quieres?

—Sí, por favor.

A día de hoy, si Peyton hundiera el rostro de ese modo entre las palomitas, me daría asco comer después. Pero por aquel entonces tan solo teníamos cuatro años.

Empujó el cuenco hacia mí y agarré un puñado. Vimos el resto del programa en apacible silencio. Era un documental sobre la jungla, y sentí una tranquilidad que me había faltado desde hacía mucho tiempo. Y entonces vino mi abuela para llevarme a casa y se deshizo en disculpas con la señora Phasis.

Así, saqué algo bueno de aquella experiencia. Ese día conocí a Peyton. Probablemente también fuese el último día en el que medimos lo mismo.

Todavía lamento haber mordido a su madre. Pero ¿cómo iba yo a saber que solo quería ayudarme?

Y no, mi madre no ha vuelto. Llevamos ocho años sin saber nada de ella. Ni una llamada de teléfono ni una carta ni un correo electrónico ni una paloma mensajera. Jamás he repetido el intento de encontrarla.

Miro con rabia las nubes que se acumulan fuera del aula. Les digo con la mente: «Lluvia, lluvia, márchate. Ven otro día en el que no tenga que volver a casa a pie».